

El Siglo de Hierro

Por C. PEREZ BUSTAMANTE



GARCÍA II

«Estonce era Castilla un pequeño rincón...»

EN la infinita variedad de la Europa del siglo X todos los Estados son rincones. Lo es Castilla, limitada al Norte por el Cantábrico y al Sur por el Duero, y encerrada entre la Rioja y los ríos Deva y Pisuerga.

Lo es el reino leonés, que apenas rebasa la línea del Duero y comienza a repoblar con gallegos, asturianos y mozárabes las regiones del Tormes. Los condes de Barcelona—Mirón, Sunifredo, Borrell—buscan la ayuda de los reyes francos, y los reyes navarros—García II y su madre la reina Toda—se apoyan en León para defenderse penosamente de los árabes que penetran por la Rioja.

Tiempos duros los de aquellos reyes asturleonéses que se consideran restauradores de España, superiores a los demás príncipes y hasta se atribuyen el título de emperadores. Se lucha sin cesar en la frontera, y especialmente en las zonas por donde pasaban, cruzando el Duero, los cuatro grandes caminos romanos que conducían a la meseta superior: San Esteban de Gormaz, Osma, Simancas y Zamora. Reyes que mueren de lepra, como Fruela II; que se retiran a las soledades monacales, como Alfonso IV, y que arrepentidos vuelven al mundo para tornar sin ojos al convento y pasear por los claustros la infinita tristeza de sus cuencas vacías. Reyes valientes, como aquel Ramiro II, enérgico y guerrero, que ayuda a los rebeldes de Toledo contra el califa y vence al gran Abderramán en Osma, Simancas y Alhandega. Reyes deformes, como Sancho «el Craso», que acuden a Córdoba para buscar remedios a sus taras en las hierbas misteriosas de los médicos judíos.

Al otro lado de los montes la dinastía carolingia, acosada por los normandos, se extingue lentamente con Carlos «el Simple», Ludovico IV «de Ultramar» y Lotario, para fenecer, en las postrimerías del siglo X, con Ludovico V «el Holgazán», que da paso a los Capetos.

Los anglosajones viven todavía del recuerdo de Alfredo «el Grande», cuyos sucesores Atelstán, Edmundo, Edredo y Edwig, se defienden como pueden de las flotillas de piratas daneses que acabarán por adueñarse del territorio. Escocia es un reino semibárbaro, cuyos reyes Constantino II, Malcolm, Illuilb, Dubh, Cuillen y Kenneth, apenas son conocidos. Los Estados escandinavos se debaten en las tinieblas del paganismo o acaban de convertirse. Dinamarca bajo la dinastía oscura de los Skiold; Suecia bajo la más oscura de los Inglings, y Noruega con sus Haralds,

Ericos y Olafs, de peregrinos apodos: «Bella Cabellera», «Piel Gris», «Hacha de Sangre...» El mundo eslavo dormita en la barbarie o en los comienzos del cristianismo: Bohemia con sus Wratislao, Wenceslao y Boleslao (912-999); Polonia con los Piast; Rusia, mera expresión geográfica, con unos príncipes de sangre escandinava establecidos en Novgorod y en Kiew, que más tarde se convertirán, aunque su cristianismo trascienda más a estepa que a Evangelio.

Italia vive en plena anarquía. Nápoles, con sus duques independientes ya del Imperio Bizantino: Gregorio IV, Juan II, Marino I, Juan III, Marino II y Sergio III. Benevento, Salerno, Capua, Amalfi, Gaeta..., son estados casi autónomos.

Venecia ya dibuja su organización aristocrático-mercantil, y Génova es una ciudad libre, Sicilia está en poder de los musulmanes del Norte de Africa.

El Pontificado atraviesa sus días más amargos: los que el cardenal Baronio calificó con el nombre de «Siglo de Hierro». Las luchas religiosas en el Imperio Oriente han culminado ya con el cisma de Focio. Las intrigas de los miembros de la decadente dinastía carolingia, la constante amenaza de los sarracenos, las conjuraciones de la nobleza romana y la escasa energía de los Pontífices, debilitaron en grado sumo su fuerza moral. De otro modo no se concebirían las ignominias que se cometieron con el cadáver del Papa Formoso, que después de impías profanaciones fué arrojado al Tiber; la triste suerte de Esteban VI, que pereció asesinado en la cárcel, y la desgraciada actuación de algunos de sus sucesores.

La degradación culminó en el período que se abre con la elección de Sergio III y dura casi todo el siglo X. Teodora, esposa de Teofilacto, vestuario de la Corte pontificia, su hija Marozia y su nieto Alberico, personifican las cualidades más indignas de aquel angustioso momento.

La intervención de los tres Otones, emperadores de Alemania, propulsores de la expansión teutónica a costa de los



LUDOVICO V



MIRON



ALFONSO IV



RAMIRO II



CONSTANTINO II